

La securitización de Europa produce monstruos

RESUMEN: Europa, a pesar de su gran patrimonio civil y religioso, de respeto a los Derechos Humanos, se ha dejado contagiar hasta la médula de la enfermiza obsesión por la seguridad que padecen los países ricos y que, prototípicamente se ha manifestado en el espionaje masivo llevado a cabo por la NSA (Agencia Nacional de Seguridad) de Estados Unidos, tema al que *Razón y Fe* dedicó recientemente un editorial. En el caso de Europa, la enfermedad se manifiesta sobre todo como miedo al inmigrante irregular, lo que lleva a extremar el control de las fronteras comunitarias, tarea encomendada a los países limítrofes con el mundo extracomunitario. Frente a este proceso de contención, es muy fuerte la presión inmigrante, sobre todo en las fronteras de Italia y España, a cuyas puertas llegan miles de africanos dispuestos al riesgo de un naufragio o a morir ante la valla fronteriza, antes que soportar la miseria que los expulsa de sus países. El celo en la impermeabilización de las fronteras comunitarias conlleva con frecuencia el ejercicio por los Estados de una violencia desproporcionada y una violación de la dignidad y de los Derechos Humanos del inmigrante.

Esta fiebre securizadora abarca a todos los países y a todos los estamentos y clases de cada país. Sus manifestaciones van desde cerrar fronteras hasta producir guetos de marginación y cultivar conductas de exclusión social. En este caldo crecen vertiginosamente los partidos xenófobos que canalizan y refuerzan una opinión pública cada vez más celosa de preservar su bienestar. Los gobiernos legislan y aplican restrictivamente la sola teórica libertad de residencia y desplazamiento; se promueven y se aprueban, como en el caso de Suiza, referéndums contra estos derechos, las agencias de alquiler de pisos reciben encargos que excluyen como inquilinos a «perros e inmigrantes», los bancos exigen a un inmigrante más del doble de requisitos que a los nacionales de similar solvencia económica. Nuestra valoración ética de estos procesos de securitización es absolutamente negativa. Pero el problema no se resuelve mediante juicios y condenas políticamente correctas; hacen falta, además, inteligencia normativa, recursos económicos y voluntad de justicia para lograr una solución razonable al conflicto entre dos derechos que entran en colisión: el derecho de los estados y de la UE a defender sus fronteras y el derecho de los inmigrantes a cruzarlas.

PALABRAS CLAVE: securitización, Espacio Schengen, exclusión social, fronteras físicas y fronteras mentales, tratados de la UE.

La muerte el pasado 6 de febrero de quince subsaharianos en su intento de alcanzar el «paraíso europeo» por la frontera de Ceuta sacudió como un seísmo nuestras conciencias e hizo inaplazable tratar inmediatamente un tema que teníamos previsto abordar con más calma: el de la mórbida obsesión por la seguridad que corroe Europa y que proyecta sus miedos sobre los inmigrantes irregulares, produciendo rechazos, preventivos y sobrevenidos, que son síntomas de la grave enfermedad que padece la opulenta sociedad occidental.

Aunque somos reacios a adoptar neologismos, en esta ocasión adoptamos el de «securitización» por su poder de denotación y de connotación. Una sola palabra *denota* lo que necesitaría una frase para ser explicado: «acción y efecto de producir y mantener, objetiva o subjetivamente la seguridad». Por proceder del campo léxico de las finanzas, en el que significa hacer seguro un activo financiero, la palabra *securitización connota* el economicismo salvaje que pervierte gravemente las jerarquías morales de Europa. Los efectos de esta perversión se pueden palpar ya: a) hay un peligroso deslizamiento de la opinión pública europea hacia posiciones xenófobas y de recelo injustificado hacia el inmigrante (según la última encuesta del CIS, una de las principales preocupaciones de los españoles, después del paro y la corrupción, es la inmigración); b) experimentan un notable incremento los partidos de ultraderecha; c) el 60% del presupuesto total de la política migratoria de la UE se destina a la impermeabilización de las fronteras, quedando el resto para todos los programas de integración, formación, desarrollo social y retorno, lo que marca con nitidez cuáles son las prioridades reales de la UE.

Inmigración y crecimiento de la ultraderecha

En los últimos siete años el número de votos europeos obtenidos por partidos de extrema derecha han crecido de media europea en más del 5%. Los crecimientos más espectaculares son los de Grecia y Finlandia. En *Grecia*, la formación ultra *Amanecer Dorado*, de clara ideología nazi, que ha llegado a proponer el minado de las fronteras para frenar la inmigración irregular, pasó de 23.500 votos en las elecciones de 2009 (0,45%), a obtener 440.890 (casi el 7%) en 2012. En *Finlandia* el partido de *Los Verdaderos Finlandeses*, identitario a ultranza, xenófobo y antieuropeo, pasó del 4% en 2007 al 19% en 2011.

La securitización de Europa produce monstruos

Los casos de Grecia y Finlandia son los más llamativos, pero un breve recorrido por Europa nos permite descubrir que el fenómeno, con diferentes intensidades, es general. En Francia, el *Frente Nacional*, que ahora lidera Marie Le Pen, hija del fundador del partido, mantiene una intención de voto en torno al 15%, porcentaje constante, con el pico del 18% que alcanzó en 2002. En Hungría, el *Jobbik* («Movimiento por una Hungría mejor»), que había sido fuerza extraparlamentaria hasta 2010, obtuvo en este año 47 diputados (el parlamento tiene 386). En Austria el FOP (*Partido de la Libertad de Austria*), tiene en las encuestas de 2013 una intención de voto de más del 20%. Cifras de crecimiento también importantes se registran en Holanda, Reino Unido, Letonia, Italia, Noruega y, en menor grado en otros países. El caso de Suiza, que no pertenece a la UE pero tiene con ella acuerdos de cooperación en materia de migraciones, los resultados del reciente referéndum manifiestan que la xenofobia está muy arraigada y que los suizos abren sus fronteras a los capitales, por dudosa que sea su legitimidad, y las cierran a las personas aunque sea cierta su honradez.

Estrategias de acoso y derribo

Los casos de Grecia, uno de los países más castigados por la crisis, y de Finlandia, uno de los países que mejor la superan, demuestran que del avance del racismo no se libran ni los países pobres ni los ricos. Los grupos xenófobos, tolerados o no suficientemente perseguidos, actúan en todas partes de modo parecido: hostigamiento, pintadas, marchas, asaltos a sedes de las organizaciones que defienden al inmigrante y otras lindezas por el estilo. Las cinco pegatinas que el grupo ultra *Democracia Española* colocó el pasado 22 de febrero, tras lanzar una bengala, en la sede de *SOS Racismo* en el barrio madrileño de Lavapiés, el más multicultural de Europa, son representativas del argumentarlo habitual de los extremistas pobres europeos contra la inmigración, a la que ven como una amenaza para sus ya mermadas posibilidades de encontrar empleo. El texto de las pegatinas era el siguiente: *Seis millones de parados. Seis millones de inmigrantes a su casa. Recuperemos nuestro país. Los españoles primero.*

Por el contrario, en los países ricos, con bajas tasas de paro, se estigmatiza al inmigrante como un peligro para las identidades nacionales y para la aún difusa identidad europea. Al inmigrante se le acepta, en estos países como *músculo productivo*, imprescindible para garantizar la mano de obra barata

que sus opulentas sociedades no generan, y como *músculo reproductivo*, por supuesto sin mestizaje, para rejuvenecer la pirámide de población y garantizar las pensiones de una población peligrosamente envejecida. El miedo al inmigrante en las sociedades prósperas de la Europa del centro y del norte se expresa en una relación de amor/odio: “te necesito, pero te temo”.

Del multiculturalismo al eurocentrismo

Tras tres décadas (1970-2000) en las que muchos apostamos por construir una *sociedad europea multicultural*, los vientos soplan hoy en otra dirección; y no sólo por la resistencia de los países receptores, sino también por la pervivencia entre los inmigrantes de modelos culturales, rechazables en nombre de los Derechos Humanos más fundamentales. Algunos ejemplos de causas que podrían explicar el rechazo étnico son, entre otras las siguientes: las «jutbas» (sermones) de algunos imanes, la exhibición de signos externos que legitiman una efectiva subordinación de la mujer o algunos ritos ancestrales de iniciación como la ablación del clítoris, absolutamente inasumibles por las sociedades con larga tradición de respeto a los Derechos Humanos.

De la gran esperanza en el multiculturalismo hemos pasado a temerlo como propio de una sociedad decadente, que no reacciona ante el nuevo asentamiento de colonos «bárbaros» dentro de los *limes* del nuevo imperio romano que es Europa, asentamiento al que los más extremistas presentan como la quinta columna que abrirá las puertas de Europa a las masivas oleadas exógenas, que dentro de poco desbordarán todas las fronteras, incluidas las intelectuales, culturales y morales de la vieja Europa.

El crecimiento de los partidos xenófobos tiene mucho más significado histórico de futuro que de actualidad. En este momento son solo colectores de un segmento de la opinión pública; desde ahora, con más dinero y más plataformas de propaganda, incluso con posibilidades de llegar a gobernar en algunos casos, no sólo serán colectores de cosechas ya criadas de votos, sino sembradores de nuevos campos que les garantizarán su reproducción y la reposición incrementada de sus bajas.

No sólo eso, el tirón electoral de la extrema derecha provoca en los demás partidos un desplazamiento hacia el territorio ultra mediante propuestas cada vez más duras respecto a la inmigración. Al contrarrestar los riesgos

del multiculturalismo (relativismo de valores, indiferentismo) estamos creando un peligro mayor: el de crear fórmulas que dan apariencia de legitimidad a lo que no es más que pura y dura exclusión social. Esta difusa presión electoral hace que incluso los gobiernos se sientan justificados y hasta aplaudidos cuando toman medidas absolutamente incompatibles con los Derechos Humanos más elementales, como la masiva y expeditiva expulsión a su país por el gobierno francés (julio de 2013) de más de 5.000 gitanos rumanos ilegalmente establecidos en varios campamentos levantados en diversas ciudades francesas. Seis meses después el ministro galo de Interior, señor Valls, ha manifestado públicamente su complacencia en la medida y ha dicho como argumento que, gracias a ella, la criminalidad atribuida a inmigrantes ha disminuido en Francia hasta un 5%. El sueño de la securitización nos está llevando demasiado lejos y cada vez evoca más el espeluznante cuadro de Goya en el que Saturno devora a sus hijos, cuadro que el genial pintor aragonés tituló precisamente *El sueño de la razón produce monstruos*.

Otra política migratoria es posible

Ante el panorama descrito, los ciudadanos comprometidos con la justicia no podemos resignarnos ni limitarnos a la mera denuncia profética, aunque sea esta nuestra primera obligación. Podemos poco ante el peligro de que se consolide la insensibilidad de Europa ante el injusto sufrimiento de los inmigrantes, pero no somos del todo impotentes. Terminamos este comentario editorial con algunas propuestas para la reflexión personal y, según las posibilidades de cada uno, para el compromiso colectivo:

1. *Mantener la conciencia alerta.* El discurso del papa Francisco en Lampedusa («¡Vergüenza! ¡Vergüenza!» gritaba mientras lloraba la tragedia, una más, de los 350 inmigrantes engullidos por el mar) debe ser nuestro grito de cada día ante las diarias tragedias sufridas por los inmigrantes.
2. *Exigir a la UE y al Estado que haga efectivos los hermosos planteamientos teóricos.* Debemos denunciar la enorme distancia entre las manifestaciones contra la discriminación y la tibieza europea y nacional para condenar a los que discriminan.

3. *Exigir los recursos necesarios para que el control de las fronteras sea eficaz sin atender contra la dignidad de las personas.* Cuando las diferentes agencias y organismos con más burocracia que acción consumen miles de millones, no es de recibo que los fondos europeos asignados a España para el control de todas sus fronteras durante el septenio 2014-2020 sean de solo 528 millones de euros, cuando las necesidades cuadruplican esta cantidad. La política de fronteras es comunitaria, los Estados sólo la ejecutan.
4. *Exigir y contribuir con campañas de opinión a que se amplíen las líneas de codesarrollo.* Sólo el desarrollo equilibrado de ambas orillas harán controlables y humanas las migraciones. Es una utopía pensar que el codesarrollo puede igualar con Europa toda el África subsahariana, pero hay que tener claro este objetivo como irrenunciable horizonte.
5. *La frontera del inmigrante debe ponerse en su propio país.* En los años sesenta, en pleno boom de la emigración española, el Instituto Español de Emigración regularizaba, de cuerdo con los países de destino, incluso con los empleadores, una buena parte de los emigrantes antes de salir de España. La emigración clandestina no desapareció, pero se mitigó mucho, sobre todo, se mitigaron los efectos negativos de la clandestinidad. Organismos similares deben potenciarse en los países emisores.
6. *Cáritas, Manos Unidas y otras ONG's son cauces adecuados para canalizar los esfuerzos individuales de concienciación y de acción.* Son admirables las muchas obras y el poco ruido, la mucha dedicación vocacional y el mínimo coste de estructura que estas organizaciones tienen. Todo ello las convierte en legítimas canalizadoras de las iniciativas y recursos que la sociedad quiera poner al servicio de los más necesitados.
7. *La capacidad de los candidatos para humanizar la política migratoria de la UE debe ser uno de los factores determinantes a la hora de votar.* La proximidad de las elecciones al parlamento europeo (25 de mayo) hace especialmente útil esta reflexión. Aunque el déficit democrático limita mucho la eficacia del parlamento europeo, no cabe duda de que el desinterés y la pereza ante estas elecciones perjudican la causa que defendemos. ■